

Pizarro y su estatua

¿Qué hora sería? “apriessa cantan los gallos —e quieren crebar albores” como dice el antecesor más antiguo del Inca Garcilaso, el primer cronista en castellano de un conquistador. En las colecciones más completas de relojes hay campanas, candelas, lamparillas, arenas, clepsidras, cuadrantes, gnomones; pero no puede haber en ninguna cierto reloj de antigüedad mayor y aún valedero, el hombre lo conoce, sin duda, desde que convivió con las gallinas, el del gallo. Es el que utiliza el poeta anónimo de la primera canción de gesta en castellano. El gallo daba la hora por la noche tres veces: a media noche, que es la hora peor de San Pedro; a la salida del sol, que es la hora mejor de los paganos y de todos los campesinos del mundo, si han dormido bien y tienen algo que llevarse a la boca; la tercera hora estaba entre esas dos, es la que el mismo cronista del Cid llama “a los mediados gallos”, hora indecisa, sobre todo si se tiene en cuenta que el reloj del gallo, igual que los otros relojes, se descomponía fácilmente y por eso este cronista cuando alude a ella precisa poéticamente que los albores quieren quebrar, que va a amanecer. Los gallos cantan ya a todas horas. En Lima, donde pocos días se ve despertarse al sol, pues suele salir de una nube fatigado, luego de haber hecho detrás de ella todo lo que tenía que hacer, el gallo tiene su reloj naturalmente descompuesto, no hay relojería, por muy suiza que sea, que se lo pueda componer. ¿Cómo extrañarse de que los limeños lleguen con retraso a las citas?

El caso es que la otra noche en la plaza de Armas se oyó el canto del gallo de una las casas aéreas y campestres que todavía quedan en el centro de la ciudad, a las que ha ido a refugiarse, como a las rinconadas, un eco encantador de la Lima antigua. Lo digo sin ironía; para mí es encantador, en todos los sentidos de la

palabra. Y como desde que el Comendador acudió al banquete de *Don Juan*, en el drama religioso de Zorrilla, los muertos se filtran por la pared, se filtró por la fachada de la catedral y apareció en la plaza un guerrero enteramente armado, del timbre del casco al escarpe del pie, con la visera bajada, un hombre remoto, no podía ser más que un muerto, un fantasma. Descendió las escalinatas y avanzó decidido sin clavar en el silencio más ruido que el que hacían sus choquezuelas; al atravesar este aparecido el jardín, se despertó un borracho que dormía en un banco y es el único testigo del suceso. El guerrero se detuvo de pronto frente a la estatua ecuestre que parece querer escaparse de la plazuela de al lado. Sin levantarse la visera como el jinete, se bajó, en cambio, el ventalle y dejó salir una voz del otro mundo para preguntar: “¿Adónde vais?”. La estatua respondió con una voz que no parecía de bronce, antes bien, aflautada: “A ninguna parte”. Y se entabló entre los dos el siguiente diálogo:

—Más vale así. Con esa cabalgadura no hubierais ido lejos.

—Es un hermoso caballo.

—Pero no sabe andar y vos no sabéis cabalgarlo. ¿Quién sois?

—Soy una estatua de don Francisco Pizarro, marqués de los Atavillos.

—No es posible. Se diría mejor que sois una estatua de Juana de Arco.

—Tengo una hermana gemela, idéntica a mí, en la patria de nuestro padre. Nuestra madre, una escultora norteamericana, nos ha hecho con hábiles manos.

—Se echa de ver que no tenía a vuestro padre en las entrañas. Sois unas bastardas, unas impostoras, unas usurpadoras.

—Qué lisura. Usted no es el caballero de la fina estampa. Nuestra madre tenía a nuestro padre muy presente, se enteró muy bien de cómo era.

—¡Voto va! Ni siquiera se enteró de que, fueran de acero o de fieltro, prefería los sombreros hongos. No os hagáis ilusiones, no se os concede ningún crédito. ¡Buenos son aquí, como en todas partes, los Bancos! Naturalmente, me refiero a los Bancos de estética, a los Museos. Si no, vos, por qué estáis en este rincón relegada, con estos alambres a la altura del rostro, que si un día lográis avanzar os degolláis porque no veis la luz del farol que, yo lo sé, anuncia el peligro.

—Yo también lo sé. Me lo ha contado un pajarito que la ha visto. Pero no quiero que me echen de este rincón, ya me echaron de la puerta de la catedral; yo no soy un vendedor ambulante o un mendigo para que me echen de todas partes. ¿Me viene usted a echar? Ay, usted es un nuevo guardia de la porra, con uniforme nuevo.

—¿Nuevo? Es mi auténtica armadura, la de Francisco Pizarro.

—¿Es usted el que está en una capilla de la catedral? Entonces usted es el usurpador y el impostor y todas las cosas feas que ha dicho de mi hermanita y de mí. Usted no es don Francisco Pizarro, marqués de los Atavillos. Usted es, a lo más, el conquistador desconocido.

—Lo más que se ha podido ser en mi clase. El soldado que moría en el arenal o en la puna tirando desilusionado o rabioso su puñado de esmeraldas. (Canta otra vez el gallo de la casa área y campestre.) Ahora siento que es la hora de verdad, tengo que retirarme, otra noche no me equivocaré, vendré más temprano y con las herramientas necesarias para echaros abajo.

—Si no es usted guardia, le llevarán a usted al Sexto.

—¿Qué es *El Sexto*?

—Anda, no lo sabe usted y quiere usted ser el ciudadano más antiguo de Lima. Levántese usted cuando nos levantamos todos; bueno, es una manera de hablar, yo duermo levantada, como mi caballo, acérquese usted a la librería Mejía Baca y pida la novela de José María Arguedas.

El guerrero se levantó el ventalle, dio media vuelta clavando en el silencio el ruido de sus choquezuelas, lo mismo que cuando había salido pero con menos decisión, volvió a la catedral, se filtró por la fachada. El borracho de la plaza no se volvió a dormir, esperó a que amaneciera y aquella mañana fue el primero que pasó por la puerta catedralicia. Se detuvo en la primera capilla a la derecha. Allí estaba como siempre Pizarro en huesos.

Lo extraño de este lance es que no se sabe lo que ha hecho con la armadura después de desnudarse.

(*Expreso*, 12 de diciembre de 1961)